UN NUEVO PARADIGMA PARA EL ANÁLISIS DE LAS RELACIONES SOCIALES: EL ENFOQUE DE GÉNERO

NATALIA PAPÍ GÁLVEZ
Universidad de Alicante

1. INTRODUCCIÓN

En la segunda mitad del siglo XX, la inserción en la Academia de las teorías feministas fue constituyendo el campo de los *Women's Studies* y así, abrió paso al ámbito de conocimiento «Estudios de Género», de claro carácter interdisciplinar.

El término «género» fue acuñado por el feminismo norteamericano para aludir a la «construcción social del sexo», que ya Simone de Beauvoir había tratado en su obra *El segundo sexo* de 1949.

Se ha de insistir una vez más en que el pensamiento feminista, los llamados *Women's Studies* o los estudios de género, forman un todo del que emerge un enfoque propio, necesariamente transversal, que se entrecruza con otras disciplinas y las enriquece, dotándolas de un punto de vista reflexivo, crítico, que contribuye al conocimiento de la realidad, del objeto o sujeto de estudio.

La perspectiva de género contribuye de lleno a la deconstrucción modernista y a la visión crítica de la ciencia moderna pero, sobre todo, hace emerger una realidad oculta, sexuada, al tiempo que enriquece la explicación de los fenómenos sociales proporcionando categorías y esquemas de análisis anteriormente no tenidos en cuenta.

En este sentido, el sistema sexo/género es una de las mayores aportaciones con las que se puede contar para el estudio de la realidad social. Este sistema no sólo responde al enfoque de género sino que es referencia fundamental para la interpretación y el estudio de las sociedades actuales. Por ello, la explicación del eje género/sexo ocupa gran parte de estas líneas. Por supuesto, la exposición se centra en el propio eje y también en su relación con la división sexual del trabajo, pero cabe entender que se trata de un acercamiento a todo el conocimiento y riqueza que contienen los estudios de género.

De hecho, este enfoque ha sido tan fructífero en el campo de la Sociología que ha desembocado en un campo de especialización propio, originando lo que se conoce como la Sociología del Género, encargada de investigar las implicaciones sociales de las diferencias físicas entre hombres y mujeres, su significado, sus causas, procesos, canales y cómo se manifiestan. A grandes rasgos, se podría distinguir dos corrientes dentro de esta especialización: en primer lugar, aquella que hace hincapié en el vínculo entre la teoría feminista y las diferentes respuestas teóricas en las que se sustenta la Sociología y, en segundo lugar, aquella que se centra en la división sexual del trabajo y en la relación con la estratificación social.

En este quehacer, la Sociología del Género se entrelaza con otras disciplinas, bien porque las Ciencias Sociales no pueden pretender ser disciplinas aisladas, bien porque el establecer barreras formales limita la comprensión de los objetos de estudio, pero, sobre todo, por la propia naturaleza del enfoque de género. De hecho, el estudio de las teorías centradas en esta perspectiva envuelve un espectro de respuestas procedentes de muchas disciplinas que con frecuencia se entrelazan y confunden. Ello connota la complejidad del objeto de estudio.

En definitiva, el enfoque de género es un paradigma teórico, histórico y crítico que envuelve una perspectiva y un análisis característicos basados en la teoría del género. Ésta se asienta en la construcción de lo masculino y lo femenino y le preocupan sus implicaciones, es decir (y más en el caso de la Sociología del Género), la relación asimétrica entre hombres y mujeres, que concluye en una desventaja social para la mujer.

2. LOS ESTUDIOS DE HOMBRES Y MUJERES Y EL DISCURSO DE GÉNERO

Será en la década de los 70 del siglo XX cuando la producción teórica de los estudios de género se incremente considerablemente. Este empuje deriva en importantes aportaciones y otorga un escenario interpretativo tanto del devenir histórico como de las sociedades actuales más acorde con la realidad.

No obstante, sería un error atribuir al enfoque de género todas las respuestas sobre las diferencias entre hombres y mujeres que se pueden encontrar a lo largo de la historia e incluso en la actualidad. En este sentido, cabe tener en cuenta que el enfoque de género no es igual a estudios de hombres y mujeres, aunque dichos estudios queden incluidos en el mismo. Un claro ejemplo son aquellos que se dirigían a defender las desigualdades sociales de hombres y mujeres por sus diferencias biológicas. Se podrían incluir dentro de los estudios de hombres y mujeres pero, por supuesto, no con enfoque de género.

Así, a muy grandes rasgos y siguiendo a Liz Stanley¹, se podrían clasificar estos estudios en tres grandes etapas.

1. STANLEY, Liz: «Methodology Matters!» en V. ROBINSON y D. RICHARSON (eds): *Introducing Women's Studies*, Second Edition. England, MacMillan, 1997.

La primera de ellas dominó todo el siglo XIX y principios del XX, aunque fue propagada por la ciencia que ahora se cuestiona, es decir, el conocimiento transmitido por la elite intelectual masculina y dominante. Vendría a defender que la diferencia biológica otorga una predisposición hacia el desarrollo de ciertas tareas que se desenvuelven en el contexto social, argumento que sostiene la dominación masculina. Por tanto, lo biológico justifica las desigualdades sociales y, además, determina lo social. Por supuesto, los estudios que forman esta primera etapa no contienen enfoque de género, más bien sería la antítesis de la teoría feminista.

Un ejemplo representativo es el discurso generado tras la primera guerra mundial en los países beligerantes que enfatizan la maternidad y la familia frente a la idea de una mujer masculinizada por haber ocupado puestos no propios de su naturaleza. No obstante, no hace falta mirar hacia Europa o Estados Unidos para encontrar ejemplos, si cabe, aun más claros. Tal es el caso de la teoría de la diferenciación sexual del eminente endocrinólogo Gregorio Marañón, que afirmaba que la mujer no era inferior al hombre (como lo habían hecho las teorías del siglo XIX) aunque, obviamente, sí diferente.

Hasta aquí no hay discusión que valga. Sin embargo, esta diferencia biológica, junto con la defensa de la complementariedad de los sexos y de los roles, conducía a concluir básicamente en las siguientes proposiciones: en primer lugar, la misión social de la mujer era la maternidad, en segundo lugar, su esfera de actuación era la doméstica, donde no tenía cabida el trabajo remunerado y, por último, el ideal a alcanzar era el de esposa y madre².

Según la autora³, la segunda etapa se centra en los roles sexuales y se origina en el periodo de transición entre los movimientos feministas del siglo XIX y los del siglo XX aunque se desarrollará tras la Segunda Guerra Mundial en los países occidentales. Esta concepción desestima la determinación biológica pero enfatiza la determinación social. Considera que el proceso de socialización para los niños y para las niñas contiene esquemas diferentes y, por este motivo, existen diferencias entre sexos tanto en la personalidad como en el comportamiento adulto. Otras teorías se centran en lo que Janet Satzman⁴ llamaría aspectos coercitivos. Es decir, enfatizan la dominación y las relaciones asimétricas de poder que procuran una desventaja estructurada entre hombres y mujeres. Este cambio en el punto de gravedad, desde las causas biológicas a las sociológicas, fue la contestación a ese pensamiento dominante que concebía a las mujeres

2. Ver NASH, Mary: «Maternidad, Maternología y Reforma eugénica en España 1900-1939», en DUBY, G y PERROT, M (dir.): *Historia de las mujeres. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 1993, pp 627-645.

3. Se reconoce que la clasificación de Liz Stanley contiene muchas limitaciones. Pero, a priori, puede servir para orientar de forma introductoria qué aspectos enfatizan las distintas respuestas que tratan de explicar las desigualdades sociales entre hombres y mujeres. Ahora bien, habría que sumergirse en la historia del pensamiento feminista para profundizar en cada una de las teorías algo que, por otra parte, excedería el propósito de este artículo.

como inferiores. En definitiva, podría quedar representada por la frase: *la mujer no nace; se hace* y prepara, así, la bienvenida a la última etapa.

La tercera etapa comienza en la década de los 70 con el nacimiento del género como categoría de análisis. Por ende, se centraría en el género como principio de organización social que actúa a varios niveles: cogniciones, identidades, comportamientos y relaciones.

Con todo, se ha de entender que los estudios de género parten de una preocupación social y política hacia un hecho comprobado: la desventaja social de la mujer frente al hombre como colectivo. Esta preocupación conduce a encontrar respuestas teóricas que permitan explicar una parte o la totalidad de los fenómenos observados.

En esta búsqueda de respuestas y dentro de ese continuo ejercicio de crítica y reflexión, se podría decir que la teoría feminista se proyecta hacia el conocimiento, al menos, de tres formas distintas:

En primer lugar, «destrona verdades». Para ello toma como referente todo conocimiento producido sumergido en el pensamiento dominante, es decir, un pensamiento que enfatiza y refuerza, llámese, la sociedad masculina. Así, parte del hecho de que, en una sociedad donde el referente de toda actuación y construcción es el hombre y lo masculino, se transmite sólo el conocimiento producido por la elite intelectual acorde con esta concepción. Cabe advertir que cuando se habla de «lo masculino» se está haciendo referencia a una particular forma de entender qué cualidades han de ser reconocidas dentro de una sociedad y una cultura determinadas con sus correspondientes recompensas. En consecuencia, la teoría feminista hace una revisión de todo este conocimiento desde una postura crítica, tratando de observar qué se ha omitido, cómo se ha transmitido, quién lo transmite y por dónde. Este punto es lo que le hace ser deconstruccionista y dirigirse, de acuerdo con Rita Radl, a la elaboración de un *modelo epistemológico-crítico*⁵.

En segundo lugar, «adopta verdades» de otras teorías. El referente en este caso son aquellas respuestas que, si bien no se ubican en concepciones de género, puede aportar ejes de análisis válidos. Por tanto, estudia y adapta categorías de análisis de otras teorías pero también las revisa y cuestiona con posterioridad. Ejemplos son: el marxismo, el estructuralismo, la teoría del intercambio, el psicoanálisis, la socialización y la vida cotidiana⁶. En este sentido cabría destacar tres autores que, por supuesto, no son los únicos revisados, a saber: Marx, Freud y Foucault, representantes de las visiones macro y sociológicas, micro y psicológicas y de la crítica feminista respectivamente.

4. SALTZMAN, Janet: *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio*, Madrid, Cátedra, 1992

5. Ver RADL, Rita: «Acerca del estatus epistemológico crítico de las investigaciones de género» en Radl, R. (ed.), *Cuestiones Actuales de Sociología del Género*, Madrid, CIS y Universidad de Santiago de Compostela, 2001.

6. Ver SALTZMAN, Janet: Op. Cit

Por último, «aporta verdades». El referente en este caso es algo más complejo. Se trata de la desigualdad estructurada entre sexos cuyo estudio y comprensión se articula para la producción de categorías de análisis propias. Así, la teoría feminista contribuye al conocimiento mediante la revisión y el análisis de la ciencia transmitida pero también por medio de sus propias investigaciones. No obstante, este estudio, revisión e investigación se hacen desde un enfoque concreto que les hace ser «de género». Pero, además, de igual forma, la teoría feminista aporta verdades cuestionando sus propias premisas, teorías e investigaciones. Asume la reflexión hacia sí misma para enriquecer su propio conocimiento, lo que le ha permitido alcanzar la consideración de disciplina científica dentro de la Sociología. Se trata de una ciencia viva, en continuo movimiento.

En consecuencia, el tercer punto engloba los dos anteriores y entiende la teoría y la práctica feminista como un entorno integrado en virtud a sus aportes hacia el conocimiento. También es en este tercer punto donde se articulan las cuestiones metodológicas, se entrelaza el movimiento feminista y los estudios de género, se unen las diferentes perspectivas que contribuyen a la explicación de la estructura sexual y se establecen los vínculos entre el género y otras categorías e identidades sociales.

Con todo, el contenido teórico de los estudios de género participa de, y/o denuncia, las tendencias ideológicas que definen un periodo histórico. A su vez, toma como referente un orden social o una visión dominante como factor explicativo de la desigualdad entre hombres y mujeres. En definitiva, es influido e influyente, se alimenta de y alimenta a otras respuestas formuladas desde otros puntos de vista. Y, por esta razón, cabe comprender que tras lo que se ha denominado teoría feminista existen distintas versiones, enfoques diferentes, y una evolución o cambio de esas mismas perspectivas a lo largo del tiempo.

3. LAS RELACIONES DE GÉNERO COMO APORTACIÓN

Como ya se ha comentado líneas arriba, el género, no como perspectiva sino como categoría de análisis, fue acuñado a principios de los setenta. Con esta categoría nacía un concepto crucial para la Sociología inmersa en este estudio. Se trata de las *relaciones sociales de género*, que hace referencia a las formas en que los actores sociales experimentan las fuerzas estructurales⁷.

Las relaciones sociales es un objeto de estudio fundamental en Sociología. El estudio de las mismas implica centrarse en la interacción de los actores sociales y su relación con la estructura social, hecho que, a su vez, permite identificar y entender los procesos que intervienen en las desigualdades sociales. Ello la aleja de la definición de la sociedad como un agregado de individuos y de la sociedad como un orden por encima de éstos y sus acciones individuales. Representa, igualmente, una perspectiva integradora en la que no sólo un único

7. KABEER, Naila: *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, México, Piados, 1998.

factor puede aparecer como causa de cualquier fenómeno. Rompe, así, la undeterminación.

El género contiene una gran capacidad explicativa dentro de los estudios de las relaciones sociales. Por ejemplo, obliga a revisar el proceso por el que se generan las desigualdades a razón de sexo y, por tanto, la estratificación sexual.

Por estratificación social se entiende una clasificación jerárquica de los actores sociales según algún o varios criterios de desigualdad. Estos criterios de desigualdad pueden ser, por ejemplo, la renta, la riqueza, el prestigio, el poder, la edad, el sexo y otras desigualdades físicas. Por tanto conlleva a entender las relaciones que se conciben entre los actores sociales (participantes de los procesos sociales) como asimétricas. Cuando estas relaciones asimétricas resultan ser duraderas, crean estructura, mediante un proceso denominado de 'estructuración' dando lugar a grupos socialmente significativos.

Con todo, cabe advertir que la definición de estructura social ha sido y es uno de los principales debates de la Sociología. Hecha esta matización, en general, se puede considerar como estructura social cualquier forma recurrente de comportamiento social significativo (no trivial) o las relaciones duraderas entre los elementos de la sociedad. Estos elementos pueden ser los actores sociales, sus roles o las instituciones. Cabría hacer una puntualización a esta definición para alejarla de la concepción funcionalista: dichas relaciones pueden ser, también, conflictivas.

La formación de grupos socialmente significativos a razón de algún criterio de desigualdad es pertinente a las teorías contemporáneas que abordan la estratificación social, tal es el caso de las clases sociales en las sociedades industriales y tecnológicas.

En el caso del género el debate sigue aún abierto. Parece que existen menos problemas a la hora de aceptar las desigualdades a razón del sexo que en integrar el concepto género (como categoría de análisis) dentro de las mismas. Con todo, el género es fundamental como componente simbólico para entender los aspectos estructurales e individuales y, por tanto, las desigualdades sexuales que acontecen en la sociedad.

De hecho la concepción sexo-género, que se expondrá en el siguiente epígrafe, conduce a entender las relaciones asimétricas por sexo como un elemento más de análisis dentro de la estructura social. A este respecto cabe decir que la Sociología del Trabajo ha contribuido con investigaciones muy concretas –que no podrán ser abordadas en este trabajo– a la conceptualización de género en términos de categoría relacional.

En consecuencia, es ya indiscutible considerar el género como aspecto necesario para entender las relaciones de poder entre sexos. Así, incluye símbolos, conceptos normativos, sistemas de organización social e identidades subjetivas.

Por tanto, el estudio de las relaciones asimétricas por sexo profundiza en el reparto del poder y autoridad. Se sumerge en las posibilidades de acceso a los recursos reconocidos socialmente en tanto que éstos están jerarquizados en términos de valor y de desarrollo personal. También hace referencia a la

distribución de las oportunidades y recompensas de micro y macro nivel. Estas relaciones asimétricas entre sexos crean lo que se ha denominado *desventaja estructurada*. Es decir, una desigualdad que refleja un sistema jerárquico de distribución de poder y autoridad que niega directa o indirectamente la igualdad de oportunidades a las mujeres y recompensa a los hombres, implica por ello estratificación sexual.

No obstante, la perspectiva de género se articula necesariamente con teorías que abordan otras condiciones sociales porque los hombres y las mujeres no están sólo definidos por el género a razón de su sexo sino también por su posición social y por otras cualidades que les son asignadas dentro de esta organización social compleja. La multiplicidad de la organización social y su complejidad irrumpen dentro del análisis de género dejando vislumbrar, así, los estrechos lazos del sexo con la etnia y la clase social, pese a ser criterios de desigualdad distintos. Siguiendo a Kabber:

«El planteamiento de las relaciones sociales indica que las obvias características comunes en la subordinación de género en todo el mundo se construyen a través de relaciones de clase y género históricamente específicas y, en consecuencia, tienen implicaciones muy diferentes en lo que hombres y mujeres pueden y no pueden hacer.»⁸

En definitiva, el estudio de las interacciones entre clase social, etnia y género, implica entender el género como un sistema de sexo-género donde se entrelaza la diferencia física con las construcciones sociales que se proyectan hacia ella. Y, por supuesto, también implica abordar el contexto social como un contexto de relaciones dinámicas.

4. EL SISTEMA GÉNERO/SEXO

Entre otras aportaciones, el eje género/ sexo contribuye a derrocar aquellos argumentos biológicos en los que se basaban las desigualdades sociales entre hombres y mujeres. Además, aporta una plataforma de análisis para profundizar en los mecanismos sociales que intervienen en las relaciones asimétricas entre sexos y permite visualizar las asociaciones existentes entre ambos (género y sexo).

El sexo es una propiedad física o biológica, fruto de la naturaleza y no de la sociedad. Así, está formado por dos características: macho y hembra. Se trata de una diferencia innegable y necesaria que no se debe a ninguna otra razón que la de garantizar la supervivencia de la especie.

Sin embargo, el sexo está culturalmente interpretado o traducido (que no determinado) e implica conductas y concepciones que se desenvuelven dentro del contexto social. Por ejemplo, no es casualidad asociar el ser mujer con poseer la sensibilidad necesaria para el cuidado de los hijos en contraposición al hombre, ya que es la mujer quien contiene la maternidad. Al margen de que se

8. Op.cit, 1998, p.74.

esté de acuerdo o no con esta afirmación, estas asociaciones comprenden otras características y valores que son frutos de la cultura.

Así, el género alude a ciertas atribuciones estereotipadas representadas, al menos, por dos dimensiones: lo femenino y lo masculino. Estas dimensiones quedarán asociadas por proceso cultural al sexo. Desde este punto de vista, el género sería el significado, el contenido anclado socialmente, una atribución no determinada biológicamente. En definitiva, la construcción social del sexo.

Anteriormente se ha comentado que el sexo contiene dos características y el género, al menos, dos dimensiones. Características y dimensiones no se han utilizado como sinónimos. Efectivamente, el sexo (y no la sexualización) sólo incluye dos posibilidades. Por tanto, el sexo constituye una variable de dos características en tanto que puede tomar dos valores, macho o hembra. El género, sin embargo, está compuesto por dos supuestas dimensiones⁹ que, a su vez, están compuestas por variables.

Esta aclaración es pertinente para insistir una vez más en que el sexo y el género no son sinónimos pese a que la capacidad explicativa del sexo en ciertos fenómenos sociales es completamente indiscutible. La relación entre el sexo y el género es tan estrecha en el contexto social objeto de estudio que, en algunos casos, observando el sexo se puede llegar al género. Pero, si se quiere llegar al género utilizando el sexo, se ha de reconocer que se trata de una observación indirecta que tendrá mayor o menor capacidad explicativa en virtud del objeto de estudio.

Sin embargo, en ocasiones, esta asociación entre sexo y género conduce a su sustitución. Es decir, cuando se estudia el sexo se dice estar estudiando el género. Una consecuencia de esta sustitución, aparte de la gran confusión creada en torno al concepto, es obviar muchos factores explicativos que pueden estar influyendo en clave de género y no necesariamente en clave de sexo.

Con todo, teórica y conceptualmente, el género y el sexo no es lo mismo. Si se toman como sinónimos no se reconoce la gran capacidad explicativa que este eje contiene para entender los procesos sociales que intervienen en la asimetría por sexo.

También es frecuente la asociación del género (exclusivamente) con mujer. Hecho que conduce a una confusión del concepto género y, además, a una reducción de la perspectiva. Se entiende, no obstante, que los estudios de género, por su posición reivindicativa hacia las desigualdades y a su contenido histórico y teórico feminista, se deben centrar en la relación asimétrica entre hombres y mujeres dentro de las sociedades. En consecuencia, es pertinente a la mujer en

9. Las dimensiones se definen dentro del pensamiento dominante y en una sociedad androcéntrica y heterosexual. Por tanto, como están sujetas al sexo, de igual forma, estas dimensiones son sólo dos. Sin embargo, el enfoque de género admite atribuciones estereotipadas como masculinas y como femeninas tanto en mujeres como en hombres, por lo que teóricamente se podrían dar otras dimensiones construidas a partir de la combinación de estas dos.

tanto que pretende desvelar la situación de desventaja que sufre la misma pero no es sinónimo de mujer.

También cabe entender que el centrarse en una muestra de mujeres no convierte a una investigación en un estudio de género aunque si se selecciona esta muestra puede ser perfectamente coherente con la postura de género en tanto que completamente válida para los objetivos de la investigación.

Así, un estudio de género podría centrarse en cualquiera de los dos perfiles sexuales, por separado o de forma conjunta, porque lo que le hace ser «de género» no es la muestra ni el investigador sino la perspectiva (las hipótesis de partida, los objetivos, la interpretación...). Para ello, el conocimiento de lo que se ha llamado «cultura feminista» es completamente necesario. Marcela Lagarde lo expresa de la siguiente manera:

«Limitar la perspectiva de género a las mujeres exige una complicada transacción encubierta: si no se parte del contenido filosófico-analítico feminista y si por género se entiende mujer, se neutralizan el análisis y la comprensión de los procesos, así como la crítica, la denuncia y las propuestas feministas.»¹⁰

Finalmente, cabe proponer y reflejar el carácter dinámico que define al género, frente al estático¹¹ que definiría al sexo, pues lo femenino y lo masculino (estereotipado) puede variar según las épocas y los lugares, como respuesta a un orden social, un sistema económico y cultural situado. Así, el «género» puede ser asimilado por socialización, reforzado por dominación y modificado por una «contracultura».

Esta naturaleza cambiante o dinámica que tiene el género también se puede relacionar íntimamente con su diversidad. El término «diversidad» implica considerar que no existe la mujer, por lo que sería más acertado utilizar el plural: mujeres. Es decir, hace emerger realidades distintas entre sociedades o dentro

10. LAGARDE, Marcela: *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Madrid, horas y Horas, 1996, p. 24.

11. En este sentido cabría hacer la siguiente aclaración. Dolors Comas D'Argemir (1995, p. 24) afirma: « (...) por mucho que se subraye el carácter cultural del género, resulta que en el fondo la diferenciación entre mujeres y hombres parece radicar en algo que es invariable, que es natural, como es la diferenciación sexual. Un paso más en la superación de este problema ha sido el poner incluso en cuestión esta diferenciación que parece tan obvia. En primer lugar, porque no todas las sociedades reconocen sólo dos sexos (de la misma manera que pueden reconocer más de dos géneros) y, en segundo lugar, y esto es lo más importante, porque cada sociedad entiende por hombre y por mujer cosas distintas. Incluso lo biológico es conceptualizado de forma variable y diversa».

Sin embargo, a propósito de esta cita, la postura tomada en este estudio sigue defendiendo el sexo como estático. En este sentido, si «no todas las sociedades reconocen sólo dos sexos» se sigue tratando de una construcción social que se define en términos de relaciones sexuales, prácticas y normas sociales. En sus propias afirmaciones incluye esta perspectiva. Otro ejemplo es cuando habla de 'conceptualización' en la última frase expuesta, es decir, «lo biológico es conceptualizado de forma variable y diversa». La formación de un concepto es inseparable a la construcción social del significante. Por tanto, desde este punto de vista se hablaría de géneros o de sexualización y no de sexos.

de una misma sociedad e, incluso, profundiza hasta llegar a la experiencia individual, única y exclusiva.

Hasta aquí el sistema sexo/género no implica crítica alguna sino una aportación al análisis de la realidad social. Sin embargo, como ya se ha comentado, cuando se estudia la relación entre hombres y mujeres emergen otros fenómenos y hechos que apuntan hacia una asimetría sexual en el reparto del poder, recursos y reconocimiento. Evidencias que se encuentran tanto «dentro del hogar», en las relaciones familiares y más cercanas (micronivel), como fuera de él (macronivel). Con ello, surge no sólo la característica sexuada de la realidad sino la propia desigualdad y discriminación dentro de la sociedad.

Esta desigualdad estructurada y la citada relación asimétrica entre sexos está apoyada y reforzada por los aspectos simbólicos que caracterizan lo que anteriormente se ha llamado «sociedad masculina». Se trata de una cultura que hace girar la relación entre sexos y la sociedad en torno al hombre. El hombre sería el principio organizador, la referencia de todo lo que se construye. Dentro de los estudios de género, este universo simbólico se conoce con el nombre de cultura *androcéntrica* donde las relaciones sociales entre hombres y mujeres no son horizontales o entre iguales sino verticales o subordinadas. Relaciones que se manifiestan en la división sexual del trabajo tanto de micronivel como de macronivel.

5. LA DIVISIÓN SEXUAL DEL TRABAJO EN EL SISTEMA GÉNERO/SEXO

Con anterioridad el término «género» se ha utilizado de dos formas distintas: como categoría dentro del sistema género/sexo y como perspectiva. El enfoque de género es mucho más amplio y, por supuesto, incluiría el análisis que se asienta en el sistema sexo/género. En definitiva, se podría concluir que el término «género» es en sí mismo un indicador del enfoque paradigmático.

No obstante, los instrumentos de análisis del enfoque no se reducen exclusivamente al género como categoría. A lo largo de la historia del pensamiento feminista han ido surgiendo otras categorías de análisis que hoy en día siguen vigentes. De acuerdo con Rivera¹², la primera categoría explicativa fue *mujer como sujeto político* nacida con los movimientos feministas del siglo XIX.

Con todo, si hay alguna categoría anterior al «género» que ha tenido especial protagonismo es el *patriarcado*. El patriarcado dominó las teorías de los años sesenta y setenta como factor explicativo de la desigualdad estructurada por sexo. Actualmente se sigue utilizando pero se reconoce que no es el único factor que interviene en los procesos de desigualdad.

El patriarcado originará las respuestas que defienden la jerarquización y estratificación de género entendida como el reparto del poder, del prestigio y de la propiedad. Efectivamente, bajo esta categoría nace todo el debate sobre la

12. RIVERA, M. Milagros: «Una aproximación a la metodología de la historia de las mujeres» en OZIEBLO, B. (ed.): *Conceptos y metodología en los estudios sobre la mujer*, Málaga, Atenea, 1992.

mujer y su relación con la clase social, la dicotomía producción/ reproducción, el trabajo doméstico, la división sexual del trabajo y los roles sexuales.

De acuerdo con Saltzman¹³, la división sexual del trabajo sería la *medida en que las actividades laborales de mujeres y hombres en una sociedad están segregadas en función del sexo*. No obstante, la anterior definición podría ampliarse para las tareas o actividades no necesariamente laborales. En este sentido se han utilizado varias dicotomías que tratan de representar las esferas o espacios en las que quedarían circunscritas dichas tareas y, por tanto, el campo de acción de las mujeres y el de los hombres. Ejemplos son el eje público/privado del feminismo liberal, o el de producción/reproducción cuyo origen cabe situarlo en el marxismo-feminismo.

Así, lo masculino se asocia con aquellas características ubicadas dentro de lo que se podría llamar esfera del mercado y lo femenino con la esfera del cuidado.

Se ha utilizado mercado y cuidado porque evocan un sistema de relaciones bien diferenciado. Es decir, en uno estarían incluidas las relaciones impersonales de naturaleza económico-competitiva mientras que en el otro se ubicarían las relaciones afectivas, más personales, arbitrarias y cercanas.

Este tipo de relaciones conduce a hacer atribuciones internas de acuerdo al sexo al que van asociadas. Sin embargo, cabe insistir que, en este caso, los elementos que constituyen las dos dimensiones se definen dentro de una cultura y sistema económico determinado, en concreto, sistema capitalista y sociedades occidentales.

Con ello no se quiere negar la subordinación, desventaja social de la mujer o la relación asimétrica entre sexos en otras sociedades con sistemas económicos distintos y/o culturas diferentes. Tan sólo se quiere advertir que las relaciones ubicadas en lo que se ha denominado «esfera del mercado» están definidas de acuerdo con estas sociedades y este sistema económico. Cabe advertir que la división sexual del trabajo toma su verdadero significado de acuerdo con el contexto cultural y con una determinada tecnología y base económica. Pero indudablemente sigue tratándose de las actividades femeninas y masculinas sea la sociedad que sea. De hecho, en estos términos, existe una constante en todas las sociedades: la mujer es más responsable del cuidado de los hijos y el hombre siempre participa en tareas extradomésticas.

Esta división de trabajo por sexo, en principio, no debería implicar desigualdad social alguna. Sin embargo, los resultados de las investigaciones efectuadas en sociedades con sistemas patriarcales de poder evidencian la subordinación o/y desventaja de la mujer.

Para entender esta subordinación cabe tener en cuenta la valoración de ambas dimensiones, es decir, la infravaloración de las tareas destinadas a las mujeres por ser actividades propias de lo femenino y, en consecuencia, el mayor

13. Op. cit (1992)

reconocimiento social de lo masculino. Reconocimiento que, se vuelve a insistir, se traduce en mayores ventajas y oportunidades.

En esta valoración desigual hay un claro supuesto de complementariedad de los roles y oposición sexual. Ello implica una gran desventaja social para la mujer, sea en términos cuantitativos o/y cualitativos, en tanto que se entiende menos competitiva o, al menos, con una prioridad (innata) hacia ciertas responsabilidades que no son compatibles con la dinámica económica y política.

La consideración de ambas esferas como opuestas (lo masculino y lo femenino, o mercado y cuidado) contribuye teóricamente a detectar el significado que tienen las mismas dentro del pensamiento dominante. Sin embargo, puede conducir también a visiones parciales si no se procede a su integración, es decir, que tanto hombres como mujeres pueden tener características masculinas y femeninas y estar situados en ambas esferas. Sólo asumiendo la integración puede emerger el estereotipo.

De hecho, y en cierta medida, centrar el enfoque en el género es defender que tanto mujeres como hombres contienen características de lo masculino y lo femenino. Por tanto, no se acepta ni la determinación sexual ni social. Esta proposición se toma como argumento para denunciar las implicaciones de esa determinación sexual, realmente, de la división sexual del trabajo que le es asociada y que conduce a la segregación.

Así, se aprecia la estrecha relación de la división sexual del trabajo con el género. Desde este punto de vista, se podría decir que una de las vías por las que se materializan los modelos sexuales en el escenario social es la división sexual del trabajo pero, además, la división sexual del trabajo refleja y participa de la estructura social.

A continuación se muestra una figura que trata de ilustrar todas las observaciones incluidas:

Como se puede observar en la anterior figura, el eje género/sexo es un esquema de análisis para el estudio de la sociedad androcéntrica y la descripción del pensamiento dominante. Es decir, en su lectura vertical, representa la «sociedad masculina» y llega a establecer dos dimensiones para el género y dos características para el sexo. Dentro de estas sociedades, las dicotomías son autoexcluyentes y opuestas. También se puede apreciar la estrecha relación que se establece entre lo masculino con el sexo macho y lo femenino con el sexo hembra. En consecuencia, hasta aquí la lectura emerge mediante un análisis de los modelos sociales existentes dentro de las sociedades androcéntricas, estrechamente vinculado a la división sexual del trabajo.

Sin embargo, con la lectura horizontal, el eje género/ sexo presenta aportaciones teóricas y envuelve crítica feminista al situarse en el género y profundizar en sus implicaciones, respectivamente. Es decir, por esta vía se llega a una postura integradora de lo masculino y lo femenino. También se rompe con la relación anterior entre el género y el sexo. Este ejercicio no predica la neutralidad del concepto 'género' sino, justamente, la deconstrucción de la ideología dominante y propone una visión menos estereotipada. En definitiva, esta lectura podría representar el enfoque de género.

Pero, además, en el anterior esquema también se pueden ver reflejadas las tres etapas de los estudios de hombres y mujeres. Es decir, la línea en la que se sitúa el sexo podría simbolizar la etapa del determinismo biológico, la línea de la división sexual del trabajo la de los roles sociales y, por último, la línea del género, los estudios centrados en el mismo que contienen dicho enfoque.

Así, el eje género/sexo, por un lado, representa la sociedad culturalmente androcéntrica y describe el pensamiento dominante y, por otro lado, presenta aportaciones teóricas y envuelve crítica feminista. En consecuencia, desde una propuesta metodológica, el sistema género/sexo se asume como eje de análisis básico y es una de las mayores aportaciones para la comprensión de la realidad social, una realidad sexuada a cuyo estudio se acerca la Sociología del Género.

No obstante, el enfoque de género aporta a la Sociología marcos interpretativos y contextos explicativos que difícilmente hubieran podido ser abordados en tan breve artículo.

El análisis de género es un análisis transversal, que enriquece y se enriquece continuamente.

BIBLIOGRAFÍA

- OZIEBLO, B. (ed.): *Conceptos y metodología en los estudios sobre la mujer*, Málaga, Atenea, 1992.
- BORDERÍAS y CARRASCO (comp.): *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales*, Barcelona, Icaria, 1994.
- BORIS, Eileen & JANSSENS, Angélique (eds): *Complicating Categories: Gender, Class, Race and Ethnicity*, Cambridge, University Press, 1999.
- COMAS D'ARGEMIR, Dolores: *Trabajo, Género, Cultura. La construcción de desigualdades entre hombres y mujeres*, Barcelona, Icaria, 1995.
- DURÁN, M^a Ángeles (ed): *Mujeres y hombres en la formación de la teorías sociológica*, Madrid, CIS, 1996.

- FRAU, M^a José: *El trabajo de las mujeres: entre la producción y la reproducción*, Alicante: Universidad de Alicante, 1998.
- DUBY, Georges y PERROT, Michelle (dir.): *Historia de las mujeres. El siglo XX*, Madrid, Taurus, 1993.
- HARDING, Sandra: *Whose science?, Whose Knowledge?. Thinking from Women's Lives*, New York, Cornell University Press, 1991.
- HESS, B. Beth y MARX, Mañoa (eds): *Analyzing Gender. A Handbook of Social Science Research*, California, Sage Publications, 1987.
- KABEER, Naila: *Realidades trastocadas. Las jerarquías de género en el pensamiento del desarrollo*, México, Pados, 1998.
- LAGARDE, Marcela: *Género y feminismo. Desarrollo humano y democracia*, Madrid, horas y Horas, 1996.
- LUNA, Lola G. (comp.): *Mujeres y Sociedad. Nuevos Enfoques Teóricos y Metodológicos*, Barcelona, Universidad de Barcelona, Seminario Interdisciplinar mujeres y sociedad, 1991.
- MAQUIEIRA, Virginia y VARA, María Jesús (coors. y eds.): *Género, clase y etnia en los nuevos procesos de globalización: XI Jornadas de Investigación interdisciplinaria sobre la mujer, 1996*, Madrid, Instituto Universitario de Estudios de la Mujer, 1997.
- NAROTZKY, Susana: *Mujer, mujeres, género. Una aproximación crítica al estudio de las mujeres en las Ciencias Sociales*, Madrid, CSIC Monografías 14, 1995.
- RADL, Rita (ed.): *Cuestiones Actuales de Sociología del Género*, Madrid, CIS y Universidad de Santiago de Compostela, 2001.
- ROBINSON, V & RICHARSON, D (eds): *Introducing Women's Studies. Second edition*, England, MacMillan, 1997.
- SALTZMAN, Janet: *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio*, Madrid, Ed.Cátedra, 1992.
- VALLE, Teresa del (et. al.): *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*, Madrid, Narcea, 2002.
- VILLOTA, Paloma de. (ed): *Globalización y Género*, Madrid, Síntesis, 1999.